

"himnos a la iglesia" de g. von le fort

• PEDRO MIGUEL FUENTES S. J.

CUANDO hace unos años se conoció entre nosotros "El diálogo de las Carmelitas" todo el mundo puso sus ojos en Bernanos. Pocos críticos hablaron entonces de la que fue inspiración para el escritor francés. Gertrud von le Fort había escrito, mucho antes, "La última en el cadalso", esa novela en la que el drama de Blanche de la Force se desliza con una finura y profundidad únicas. No hay por qué comparar; simplemente para quien conoció primero la novela de Gertrud la obra de Bernanos no posee tanta riqueza. Bernanos realizó un drama maravilloso, quizás, y sobre todo, porque el drama de la joven carmelita fue el del propio Bernanos durante toda su existencia: la angustia frente a la muerte. El supo dar forma dramática, supo sintetizar en diálogo de intensidad, lo que la autora alemana había desarrollado en la amplitud de la narración. La obra se simplificó; sin embargo, yo creo que perdió en profundidad al carecer de esos finísimos análisis de psicología religiosa tan propios de Gertrud.

Sea lo que fuere, "El diálogo de las carmelitas" demostró que la mayor parte del público de habla española desconocía a Gertrud von le Fort. Hoy, después de 38 años de su primera edición alemana, nos llega esta traducción de sus "Himnos a la Iglesia" (1). Hedwig Schwarz ha realizado un magnífico tra-

bajo. Comparando su traducción con la ya vieja versión francesa, vemos hasta qué punto la versión española corre fluida y exacta. A través de ella esa misteriosa mujer que es Gertrud se nos revela en su inagotable capacidad.

Literariamente, Gertrud von le Fort es un caso excepcional. Si la precocidad literaria es un fenómeno sorprendente no lo es menos el caso opuesto. La escritora alemana recién publicó su primera obra (precisamente los "Himnos a la Iglesia") en 1924, es decir a los 48 años de edad. ¿Por qué tanta demora en una mujer que, a partir de 1926, publicará novelas tan extraordinarias? (2)

Yo creo descubrir una íntima conexión entre su capacidad de expresión literaria y su conversión al catolicismo. El paso definitivo a la Iglesia (1926) significó para su espíritu inquieto de búsqueda, el fin de un largo peregrinaje iniciado en la infancia hugonote. Fue algo así como la serena canalización del alma a través de la palabra hallada, como si, al contacto con el Verbo de Dios, hecho carne en la historia por la Iglesia, su lengua se liberara de todas las trabas de una larga angustia.

Leyendo la novela que no es sino la autobiografía de su conversión, "La fuente Romana", (en Roma, Gertrud dio su paso definitivo), esta convicción penetra más y más: "En ese instante (el de su conversión) tuve el sentimiento fulgurante de haber recorrido el Universo entero y de encontrarme ahora en lo más profundo de mi alma". Nadie puede escribir sin haber recorrido con su espíritu el Universo, sin haber calado hondo en su propia alma y sin haber atado a ese Universo y a esa alma con los lazos de una visión unificadora. El escritor

(1) GERTRUD VON LE FORT: **Himnos a la Iglesia**. Traducción de Hedwig Schwarz. Editorial "Nuevas Estructuras". Madrid-Buenos Aires, 1962.

(2) Entre otras: "La mujer eterna", "El velo de la Verónica", "El Papa del Ghetto", "En la noche alemana", "La hija de Farinata", etc.

disperso y atomizado hacia afuera y dentro de sí mismo, no puede jamás acordar una melodía. El reposo del séptimo día del que nos habla Claudel, no es sino esa armonía fundamental del corazón humano. No se trata de una serenidad paradisiaca, ni de un equilibrio helénico; la visión unificadora la puede poseer el hombre en medio de las más desgarrantes angustias. Pero es un hecho que sólo si la posee estará capacitado para traducir literariamente a los demás incluso so, esas mismas angustias.

● "PROLOGO"

Los "Himnos a la Iglesia" son precisamente, la expresión poética de una angustia y de una plenitud pocas veces tocadas en la literatura universal. Leyendo a Gertrud no podemos sino evocar a los grandes místicos alemanes del alto medioevo, y a "la noche oscura" de San Juan de la Cruz. Es difícil aplicar a un poema el calificativo de "cristiano"; mucho más el de "místico". Pero, en lo que va del siglo, si una poesía se acerca a ese huido epíteto es la de Gertrud.

Los "Himnos" se abren con un "Prólogo" poético que es como la base de toda la obra. Apertura literaria y paso inicial de una experiencia religiosa auténtica. No todos recorren el mismo itinerario hacia Dios. Para algunos, la Iglesia es como el aire connatural que se respira desde el primer instante del ser. La existencia les deparará pruebas, pero ellos se moverán —con todas las contradicciones que se quiera— dentro de ese ambiente, sin estridencias. Algo parecido a lo que sucede con la propia vida a la que, por ser inseparable compañera, el hombre no discute; su presencia no le será nunca novedosa. Otros, en cambio —y tal la experiencia de Gertrud— hallan a la Iglesia tras un largo camino. Al penetrar sus fronteras perciben la maravillosa y tremenda adaptación que tal aventura les trae aparejada. Presienten la amplitud de las nuevas dimensiones y simultáneamente la estrechez del viejo corazón para acompañar

sus latidos al ritmo divino de la nueva sangre. Los ojos murados de tiempo tendrán que capacitarse para perforar eternidades y las manos hechas a las palpaciones cotidianas, abrirse para estrechar infinitos. El salto en perspectiva se abre hacia un abismo de promesas futuras, mientras que el presente aparenta todas las sólidas garantías de viejas raíces sumergidas. Sólo quien ha experimentado lo resbaladizo de la solidez terrena sentirá en sus oídos la voz esperanzadora del abismo.

Tal el "Prólogo"; una vivencia apoyada en la sensación de cautividad solitaria dentro de la cual el alma escucha el lejano e íntimo llamado de su centro:

"¡Señor, yace un sueño de Ti en mi alma, pero no puedo llegar hasta Ti, porque todas mis puertas están acerradas!

"¡Estoy sitiada como por ejércitos, estoy encerrada en mi eterno solo!"

Cautividad es sinónimo de soledad y soledad lo es de angustia, inquietud y desesperación. El hombre puede autoengañarse y crearse un universo fantástico; tarde o temprano, la trágica realidad se abrirá camino y destrozará todos los soportes terrenales:

"¡Se han destrozado mis manos, y se ha herido mi cabeza, todas las imágenes de mi espíritu se han convertido en sombras!

"¡Porque ningún rayo de Ti cae en mis profundidades, ¡en ellas solo cae el destello lunar de mi alma!"

Yo no sé si es necesario, pero no creo fácil que se pueda llegar a Dios de un modo personal y sincero, sin esta experiencia de la propia incapacidad. Tampoco sé por qué Dios lo quiere así en la mayoría de los casos; pero el hecho es que se da y se da constantemente, esta atormentadora aventura. Hay aquí un misterio y es ridículo pretender deletrearlo. Basta saber que Dios no es sádico o, a la inversa, es suficiente sentir que "Dios es amor" —como diría San Juan—, para aceptar gustosa o resignadamente la realidad de la vida. En "úl-

timo análisis no se trata sino de llegar a la Fe de Abraham: "quien contra la esperanza creyó en la esperanza". Y para ello es imprescindible sentir que todas las esperanzas y desesperanzas terrenas se hacen añicos entre nuestros dedos:

"Te he llevado a todas las montañas de la esperanza, ¡pero ellas son únicamente mis propias cumbres!

Escalé hasta las aguas de la desesperación, ¡pero ellas tampoco son más profundas que mi corazón!"

Si todo es así, si "no tengo reposo en ninguno de mis cuartos", si todo descanso no es sino antesala y toda hermosura "un día fugitivo" ¿qué tiene de extraño que el corazón abra sus oídos a ese llamado esperanzador que desde los abismos de la eternidad Dios le dirige a través de la Iglesia, su Palabra hecha historia y tiempo?

• RETORNO A LA IGLESIA

La Iglesia, para el que la observa desde la distancia, es un absurdo histórico; acercándose a ella el absurdo es paradoja; adentrándose en su seno, la paradoja es ternura y amor. El alma la contempla asombrada porque:

"Levantás tu cabeza hasta el cielo, y tu frente no es abrasada,

Desciendes hasta el borde del infierno, y tus pies permanecen intactos!

Lo que humanamente provocaría el rechazo, en ella hechiza. No teme a la sabiduría y la prudencia humanas; las desafía descaradamente:

Dices a los que dudan: "Callaos", y a los que preguntan: "¡Arrodíllaos!"

"Dices a los que huyen: "Abandonaos", y a los que vuelan: "¡Dejaos caer!"

¡Qué absurdo! Y sin embargo el alma presiente que "así como tú persigues ¡solo Dios puede perseguir!" Dios sólo es capaz de exigir al hombre tales cosas. Sólo El puede atreverse a cegar para que veamos, a quebrar vuestros pies para que marchemos y a secar nuestro cora-

zón para que enrojezca de vida. No son meras palabras y quien ha tratado de vivir las exigencias de la Fe sabe con Gertrud que:

"¡He caído en la ley de tu fe como sobre una espada desnuda!

¡Su filo pasó en medio de mi inteligencia, entre las luces de mi entendimiento!

Nunca más viajaré bajo la estrella de mis ojos y con el bastón de mi fuerza. ¡Has arrancado mis riberas y violentaste la tierra bajo mis pies!"

Y sin embargo, es este mismo absurdo humano el que enamora el corazón sediento de eternidad. Las promesas de los hombres son todas inmediatas, decepcionantes en su concreción; sólo alguien que ama se puede atrever a matar para dar vida. Todo el ser se rebela frente a este aparente aniquilamiento, pero el amor presentido, hace que los labios formulen la más loca de las plegarias; aquella que tiene por fundamento una esperanza:

"Quiero amarte aún, donde mi amor por tí termina.

Quiero quererte aún, donde ya no te quiero

Donde yo misma comienzo, allí quiero terminar.

Y donde termino, allí quiero quedar eternamente".

Solo el amor y el amor en una mujer —volveré sobre este aspecto de la femineidad de Gertrud—, es capaz de dictar palabras que queman definitivamente la existencia en su pura dimensión terrenal. La mujer ama en entrega absoluta, ansía ser polvo ante la roca del ser amado; suspira por arder hecha astilla en el fuego del Amor. Pero sabe —y esto vale para el hombre también— que pulverizarse y consumirse en Cristo y en Cristo prolongado (la Iglesia), es renacer definitivamente y sin limitaciones:

*Y mira, la voz de tu ley me dice:
¡Lo que quiebro no está quebrado,
y lo que abato en el polvo, lo elevo
hacia lo alto!*

Habría que seguir, verso por verso, es-

ta magnífica explosión de amor y de Fe; en ella todo el misterio de la Iglesia, de esa Iglesia amable y odiosa, frágil y omnipotente, escarnecida y exaltada, se descorre ante nuestros ojos envuelto en música, brillantez de imágenes y profundidad teológica.

* * *

Porque la poesía de Gertrud von le Fort no se apoya solamente en la vivencia religiosa considerada en su fenomenología psicológica.

Toda ella está integrada en una visión bebida en las más hondas fuentes de la escritura y los Santos Padres. Una sólida estructura teológica sostiene todos sus versos, pero sin ahogar jamás la voz poética personal. No se trata de un desarrollo escolástico poetizado. Simplemente, la teología y su vida están interpenetradas indisolublemente. Todo poeta auténtico vuelca su personal captación del universo

Gertrud no se preocupa de teologizar, pero la teología aflora porque es su misma vida.

La visión joánica y paulina de la Iglesia se conjugan con naturalidad y fluidez. La Iglesia está en el tiempo, pero precede a todo tiempo desde la eternidad de Dios. La Iglesia habitaba el seno de la Trinidad, se hizo historia en el Verbo y se proyecta hacia la escatología:

"Aún tengo flores de la selva en los brazos, aún tengo en mis cabellos rocío de valles de la madrugada de la eternidad" (Santidad de la Iglesia).

La idea tan teológica de la "praeparatio Evangelii", tan cara a Clemente de Alejandría, subyace en sus poemas:

"Yo estaba secretamente en los templos de sus dioses, yo estaba oscuramente en las sentencias de sus sabios."

"Yo era el ansia de todos los tiempos, era la luz de todos los tiempos, era la plenitud de los tiempos" (Santidad de la Iglesia).

Y por eso Ella es la roca donde se guarece la historia y el seno materno en

el que arrulla la humanidad. Si ella cesara de rezar, el pecado rebrotaría; si apagara su luz, toda senda se borraría y, si dejara de ser, el universo perdería su eje de gravedad y se desplomaría. Incluso renegando de Ella, no se pervive sino por Ella:

"Pues por tu voluntad no dejan los cielos caer la bola terrestre: ¡todos cuantos reniegan de tí no viven sino de tí!" (Santidad de la Iglesia).

Por eso su oración trastorna al universo y penetra los cielos omnivalente. Cuando ella junta sus manos, la Tierra se estremece y el mundo tiembla y *"tiene miedo cerca del fervor de tus rodillas"*.

Su manto de plegarias cobija toda la vastedad del universo y se alza irresistible hasta los cielos:

"Ella penetra a través de las puertas de los querubines, y los ángeles de bronce bajan la espada ante ella."

Ella penetra hasta el rostro del Señor.

Allí se arrodilla por toda la eternidad". (La oración de la Iglesia).

• LA MUJER ETERNA

La Iglesia, para Gertrud von Le Fort, no es alguien que marcha a nuestro lado. Por maravilloso y omnipotente que fuera, no nos penetraría. La Iglesia es el Cuerpo místico de Cristo; todos nosotros en la unidad vital de su muerte y resurrección. Por eso mismo no vive sus misterio desde una cercanía admirativa. El año litúrgico es el sucederse misterioso de la propia existencia y cada paso del Señor se reedita en el Cuerpo total al ser rememorado y a la vez anticipa el alba de los misterios de la eternidad.

Se siente, dentro de la Iglesia, como parte integrante de su cuerpo, pero no como fragmento despersonalizado o estandarizado. Ella está en la Iglesia con sus grandezas y sus pequeñeces, con sus anhelos y sus angustias, con su inteligencia y su sensibilidad de mujer.

Este aspecto de su femineidad, puesta al servicio y en la vida de la Iglesia,

confiere a sus poemas un sello distintivo. También aquí Gertrud abre brecha dentro de la actual literatura católica. Si en el campo profano el siglo XX asiste a la llamada "promoción de la mujer", en el religioso también la mujer ha consciencializado su estatura divina. Siempre la tuvo, pero no siempre emergió como en nuestros días.

Dentro del drama humano la mujer es, para Gertrud, el centro de pecado y redención. El hombre encarna la revuelta y la desesperación. Por medio de la mujer Dios establece el equilibrio perdido. Por eso en las novelas de Gertrud siempre la mujer es la heroína, la que purificará los instintos del hombre (Verónica), la que llegará al extremo de ofrecer su salud eterna como pago por la redención del amado (Enzio); la que subirá última al cadalso en testimonio de identificación absoluta con el Jesús de Getsemaní (Blanche). La Iglesia misma es la mujer del Apocalipsis que regresa "del desierto como una engalanada". Y en el centro de toda su obra se alza la figura de la Virgen Madre, modelo de toda mujer en el sacrificio, en la entrega de sí, en el papel corredentor del universo, madre de Jesús y exaltación de todas las mujeres:

"¡Regocíjate, Virgen María: bienaventurados ensalzo a los que te ensalzan bienaventurada!

¡Nunca más se desaliente un hijo del hombre!

¡Regocíjate, Virgen María, Ala de mi tierra, corona de mi alma, regocíjate. Alegría de mi alegría: bienaventurados ensalzo a los que te ensalzan bienaventurada!" (Navidad).

La mujer es exaltada por Gertrud, pero cantada con palabras y sensibilidad de mujer. Incluso al cantar la expresión más varonil de Jesucristo, la de su corazón traspasado, es la voz de una mujer la que se oye. Sus "Letanías a la fiesta del Sagrado Corazón", verdadero desarrollo teológico y escriturístico del misterio, se canalizan en clamores e imágenes netamente femeninos. El contraste de

fuerza y ternura, de entrega y desbordamiento amoroso salpica por doquier:

"Corazón fuerte como las olas sin ribera:

¡Sé amado!

Corazón suave como los niños que aún no tienen amargura:

¡Sé eternamente amado!"

¡Paño escarlata ante el cual el pecado palidece como la muerte:

¡Suplicamos tu Amor!

¡Silenciosa cercanía en la cual se encuentran los amigos separados:

¡Suplicamos tu amor!"

Y las "Letanías a Regina Pacis" son el corazón de una mujer que desborda toda la ternura de sus entrañas sobre el corazón de otra Mujer que sabe del dolor y la muerte de los hombres, de la angustia de las madres, de la vergüenza de la joven desflorada, de la orfandad de los niños. * * *

Los "Himnos a la Iglesia" apenas si han sido esbozados en este comentario. Una síntesis tan armoniosa de poesía y teología, brotadas de un corazón tan femenino exigirían mucho más. Porque en realidad, el desarrollo poemático de Gertrud abarca eternidad y tiempo. Se abre con la Iglesia eterna y luego de recorrer con Ella el ciclo de la historia penetra con el último poema "Postrimerías", en la Iglesia definitivamente plenificada del paraíso. Y todo ello en pocos poemas, pero cargados de riqueza teológica, escriturística, psicológica y poética. La mujer de la tierra canta a la esposa celestial y ambas terminan confundidas en el Amor triunfante. La exaltación de la Iglesia es también la exaltación de la mujer que Gertrud supo eternizar:

"Entonces el Revelado alzará mi cabeza y ante su mirada mis velos serán sobresaltados por el fuego.

Y los astros reconocerán en mí su luz de alabanza, y los tiempos reconocerán en mí lo que tienen de eterno, y las almas reconocerán en mí lo que tienen de divino.

Y Dios reconocerá en mí su amor".